

confirmó benigna la bendición que Salomón impartió á su pueblo el día de la dedicación del templo, confirma la que yo doy á mi rebaño, terminada apenas la consagración de nuestro altar. Así sea.



## DISCURSO

LEIDO EN LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL SEMINARIO  
DE CIUDAD VICTORIA, LA NOCHE DEL 6 DE ENERO DE 1879.

**N**O pidáis á mis labios los gritos de esperanza con que hace seis años inauguraba mi Seminario, ni los clamores de gozo con que, hace tres, lo trasladaba al nuevo edificio que nos alberga. Confiaba poder hoy entonar mi primer cántico de victoria; pero en vez del himno de triunfo que tenía preparado, sólo os llamo á escuchar gemidos de dolor. Desde que el día de la Epifanía del Señor de 1876 os dirigí el entusiasta discurso que no habréis olvidado, y que rebosaba alegría,

nuevas dificultades han surgido, nuevos y más terribles obstáculos se han presentado, y no me ha sido posible superarlos del todo.

No bien acababa de hablaros, cuando la guerra se encendió en nuestro suelo, y en toda nuestra patria; y ya sabéis que los estudios no florecen en medio del fragor de las armas, sobre todo en un territorio tan poco poblado como el que nos circunda. Os lo ofrecí entonces, y crucé los mares en busca de profesores y clero; pero la pobreza general, y desgracias privadas que disminuyeron mucho mis recursos, frustraron en gran parte mis costosos esfuerzos. Otra vez en medio de mis queridos colegiales, cuando maduraba grandes proyectos y empezaba á plantear grandes reformas, un extraño suceso echó por tierra todos nuestros planes. Este pacífico recinto se vió convertido en teatro de certámenes no por cierto literarios, y de luchas nada científicas que no he menester recordaros: estoy seguro, victorenses, que no habréis olvidado el 12 de Abril de 1878.

La necesidad de alejar al Rector de un lugar de dolorosos recuerdos, y tal vez para él de poca seguridad, me obligó á confiarle una importante misión en el Norte. Encomendé entretanto las riendas del gobierno de mi vacilante Colegio, en calidad de vice-rector, al recién ordenado sacerdote que me había acompañado en mis excursiones pastorales, y de cuyos hábitos de regularidad, recogimiento y disciplina tenía yo derecho á prometerme la reforma interior de que tanto había menester mi Seminario.

¿Fué que los padres de familia miraron con desconfianza la remoción, aunque temporal, del superior que

estaban acostumbrados á ver al frente de mi establecimiento? ¿Fué que no consideraron á sus hijos seguros después del ruidoso suceso á que he aludido? No lo sé, Señores, pero el hecho es que una gran parte de los alumnos fueron retirados, y el Instituto, ya poco numeroso, quedó reducido á proporciones todavía menores. Como si esto no bastara, la voraz calentura que, ya bajo la forma icteroide, ya con otros síntomas no menos mortíferos, ha devastado este año casi toda mi diócesi, sentó sus funestos reales entre mis seminaristas. A uno arrebató de los vivos; á otros puso al borde del sepulcro: en todos infundió el terror é hizo cundir el desaliento. Nada extraño sería, por tanto, que en medio de tan terrible borrasca, el piloto soltara el timón y abandonara á merced de los vientos la barquilla que le fuera confiada.

Pero no temáis, Señores, no ha de sumergirse; y los gritos que lanza están muy lejos de ser los clamores del naufrago. Mi Colegio es el objeto de mis principales afanes: antes pereceré yo mismo que permitir que perezca mi caro plantel; y con el auxilio divino, saldrá ileso de la presente crisis, así como se ha salvado de tantas otras. No es tan triste nuestra situación como debía esperarse después de tantos vaivenes. Diez y ocho alumnos en las clases preparatorias, tres en humanidades, nueve en filosofía, no son pocos para una capital cuyo recinto apenas contiene, si acaso, tres mil habitantes; aunque la vasta jurisdicción de su municipio se extienda sobre algo más del doble. Diez alumnos internos, de los cuales cuatro quintas partes son alimentados á nuestras expensas, es ya mucho para una diócesi que carece de rentas y en que hasta el nombre del diezmo es poco menos que

desconocido. Pero todo es insignificante si se piensa que mi obispado consta de casi doscientos mil habitantes, derramados en cerca de cinco mil leguas cuadradas; y que es indispensable proveer á todos de pastores. Los números que acabo de citaros nos desesperan, si consideramos que el plantel ha contado en otros años con más que triple cantidad de externos; y nuestro desconsuelo llega al colmo, si meditamos que ninguna vocación eclesiástica se ha formado en el Colegio, y que los cuatro sacerdotes que he ordenado en casi ocho años de episcopado, son todos de fuera, y terminaron su educación sirviéndoles de cátedra la silla de mi caballo, los asientos de mi carruaje ó los bancos de mi barca, durante nuestras peregrinaciones pastorales.

En efecto, Señores, mi verdadero seminario se encuentra en todas partes, menos en el edificio que con tanto trabajo y tantos gastos he levantado desde los cimientos. Desde el principio pensé tomar personalmente la dirección de mi Colegio: casi cada año me formo propósitos análogos, y aún ahora, os confieso que no me faltan tentaciones de hacerlo. Para un hombre acostumbrado al estudio desde la infancia, y de una larga carrera escolástica ¿qué vida más dulce que la de las aulas? ¿qué ocupación más grata que la educación de la juventud? Pero ha sido imposible, Señores; y si tal hubiera hecho, habría faltado á mis más sagrados deberes.

Recordad, si no, las tristes condiciones en que me fué entregado el territorio de que había de formarse la diócesi de Tamaulipas. Además de Ciudad Victoria, fueron segregadas del obispado de Linares, las parroquias de Matamoros, Reynosa, Camargo, Mier, Guerrero, Lare-

do, San Fernando, Cruillas, Burgos, Villagrán, Hidalgo, San Carlos con San Nicolás, Jiménez, Santillana, Soto la Marina, Presas, Padilla, Croix, Güemez, Tampico con Altamira, Horcasitas, Escandón, Llera, Nuevo y Viejo Morelos, Palmillas, Jaumave, Bustamante, Michihuana, Santa Bárbara y Tula.

Del arzobispado de México se segregaron las siguientes, situadas en la Huasteca Veracruzana: Pueblo-Viejo, Tampico el Alto, Ozuluama, Pánuco, Tantima, Tantoyuca y Tempoal. El obispado de Puebla nos dió la de Amatlán.

De estas treinta y nueve parroquias, doce estaban absolutamente sin sacerdote. De los párrocos que cubrían las restantes, quince se hallaban de tal suerte inutilizados por la vejez, las enfermedades ú otras causas, que no podía contarse con ellos, y he perdido, en efecto, á catorce de los mismos hasta la fecha.

Suponed ahora, que tranquilo é indiferente, fiado sólo en lo porvenir, y sin atender á las urgentes necesidades del momento, me hubiera yo sentado en mi cátedra á enseñar las humanidades y la filosofía á cuanto joven hubiera podido recoger entre vosotros. Aun dado caso que todo hubiera marchado con maravillosa prosperidad, y que como al santo anacoreta que alimentaba el cuervo, la Providencia nos hubiera mandado lo necesario sin buscarlo, á la hora de ésta tendría veintiseis pueblos sin ministro alguno, y para reemplazarlos no contaría sino con unos cuantos jóvenes de diez y seis á diez y ocho años, que por bien inclinados que fuesen no tendrían ni la edad, ni los estudios indispensables para recibir las sagradas órdenes.

Avancemos un poco más en las suposiciones. Dadme otros seis años, y colocadme en la Epifanía de 1885. ¿A cuánto ascenderá en el próximo sexenio mi mortalidad de sacerdotes? Sólo Dios lo sabe; pero atendidas la edad y circunstancias de los que encontré en la diócesi, y aún sobreviven, no tenemos derecho á esperar que baje de seis. Habría, pues, quedado mi clero en tal supuesto, reducido á siete ministros á lo sumo; lo menos treinta y dos parroquias se hallarían abandonadas.

¿Y reemplazos, Dios mio, tendría siquiera entonces reemplazos? Ya que en el campo de lo imaginario nos estamos espaciando, sigamos haciendo suposiciones imposibles. Figuraos que trocado de súbito vuestro proverbial amor á las armas en afición al santuario, todas las madres me habían dado un hijo para la Iglesia, y había marchado todo con éxito tan milagroso, que alcanzando una cifra superior con mucho á la de cualquiera otra diócesi de la República, me encontrara yo en el año á que nos hemos trasportado, con treinta y dos vocaciones plenamente logradas, con treinta y dos jóvenes de veintitres á veinticinco años para llenar las treinta y dos vacantes.

Ahora bien, decidme los que algo conocéis el corazón humano, los que alguna experiencia tenéis en el gobierno de los hombres, los que habéis probado las espinas de la administración parroquial, decidme: ¿se podrían improvisar en párrocos, y párrocos aislados, estos jóvenes inexpertos, revestidos todavía, si así puedo expresarme, con los pañales eclesiásticos? No me pediría el Señor cuenta de su inevitable pérdida, si los lanzara solos y sin guía en medio de los peligros del mundo, pe-

ligros que aumenta la vida errante, aunque por otro lado meritoria, del misionero?

Pero tranquilizaos en esta parte, Señores: que ni treinta y dos, ni uno solo, se hallan en semejante peligro. Todos, como veis, son castillos en el aire; y si me hubiera encerrado á dirigir personalmente mi Colegio, ya se habrían desplomado hasta los últimos restos de lo poco que encontré en la diócesi, sin hacer yo mismo nada de nuevo ni de provecho. Fué preciso, pues, adoptar una táctica enteramente diversa.

No os es desconocido el moderno procedimiento con que la ciencia médica prolonga la vida á la niña moribunda ó al joven endeble, próximos á sucumbir porque carecen de elementos de vitalidad. Abiertas las venas de algun robusto atleta, se les trasmite ajena sangre hasta que se regeneran y robustecen y hállanse capaces de vivir como el resto de los mortales. Así me ha sido forzoso hacer con mi obispado, falto desde su concepción de todos aquellos elementos indispensables para la vida de una entidad moral. ¿De dónde son los medios que han servido para edificar el Seminario? ¿Bastan las escasas limosnas que se me ofrecen para los gastos que demandan la construcción de la catedral y de tantas otras iglesias como se edifican, reparan ó adornan?

Vosotros mejor que yo responderéis á estas preguntas; y en cuanto al personal de mi clero, os diré que lo componen ahora dos españoles, dos italianos, dos franceses, dos de Oaxaca, uno de Puebla, dos de Zacatecas, uno de San Luis Potosí, ocho de la diócesi de Linares, tres de la de León, y cinco del arzobispado de México, de donde son también mis dos familiares. Ni uno solo

es nativo del Estado de Tamaulipas; y si exceptuamos una tercera parte, todos han sido reclutados ó por mí propio, ó durante el gobierno del primer Vicario Apostólico á quien fué encomendada esta región al segregarse de Linares.

Las necesidades del momento están, en cuanto cabe, socorridas de esta manera; pero ¡cuánto trabajo, cuántos viajes, cuántas amarguras, para lograr una ventaja poco estable, poco sólida, poco duradera!

Y si consideráis que al mismo tiempo que viaja fuera de la diócesi el desdichado Pastor de Tamaulipas, en busca de clero y otros elementos, tiene que recorrer incesantemente su propio territorio, no sólo haciendo la visita como cualquier prelado, sino supliendo con su trabajo personal la falta de eclesiásticos, os podréis figurar la dosis de actividad que necesita quien á tal cargo haya sido ó fuere en lo sucesivo elevado.

¿Sabéis á cuánto llegan las peregrinaciones que para fundar mi diócesi he emprendido desde que, en Junio de 1871, tomé posesión del recién erigido obispado? Cinco mil cuatrocientas leguas por agua, y siete mil por tierra es el cómputo que no há mucho he formado, y que es aún inferior á la realidad: más de doce mil leguas por toda clase de climas, entre toda suerte de riesgos y en toda clase de vehículos; desde el cómodo vapor hasta la insegura barca que lanzara á la playa reciente naufragio; desde el rápido ferrocarril y el corcel de batalla, hasta la prestada carreta y lastimada cabalgadura de alquiler.

¿Y todo para qué, Señores? Para conseguir á costa de infinitos desaires y de mil sinsabores é ingraticudes, un puñado de ministros insuficiente para apacentar este re-

baño, y de los cuales no pocos han desertado. Y esta agitación, y este movimiento, y este trabajo capaz de agotar la energía más invicta, lejos de disminuir aumenta cada día; y este año lo mismo que el pasado, y lo mismo que el anterior, y lo propio que el primero de mi episcopado, tendré que salir (y cada vez más lejos) á buscar reemplazos para cubrir las bajas que en mis escasas filas causen la muerte ó la deserción.

¿Hasta cuándo, Tamaulipecos, hasta cuándo os haréis verdaderamente independientes? No basta que tengáis vuestra propia milicia, vuestro propio foro, vuestra propia hacienda. Es menester también que de vuestros hijos entresaquéis al clero que ha de regir vuestras conciencias. A este fin se dirigen mis esfuerzos, á ésto tienden mis desvelos y afanes; pero nada podré si vosotros no me secundáis. Contra todas las dificultades podré luchar victoriosamente; á todos los obstáculos me considero capaz de sobreponerme; pero *la falta de sacerdotes* y de jóvenes con vocación al sacerdocio, es una barrera contra la cual se estrellan mi constancia y actividad.

Con todo, Señores, no desmayo. Sea que mi seminario siga siendo como hasta aquí el *ancho mundo*; sea que logre establecerlo donde debe estar, en mi diócesi, en mi capital, en mi Colegio, no cesaré de moverme y de trabajar mientras me reste un soplo de vida.

El primer paso es la conservación de mi pobre Ate-  
néo, y aunque me cueste los mayores sacrificios, mi Colegio se conservará y se mejorará. Os convido desde ahora, Señores, para el próximo 20 de Febrero, en que solemnemente reabriremos las clases. Durante este tiempo tomaré, con el favor divino, las medidas necesarias

para que el Colegio prospere, y renazca en todos la confianza. A los padres de familia que nunca la han perdido y nos conservaron á sus hijos en los días de prueba, les damos reconocidos las más sinceras gracias.

En cuanto á vosotros, jóvenes alumnos, que en la prosperidad y en la desgracia habéis permanecido á nuestro lado estudiando y adelantando, sufriendo los vaivenes con santa indiferencia, y perseverando con heroica constancia, el cielo no podrá menos que concederos la debida recompensa. Si por un lado me desconsuela vuestro reducido número, por el otro me animan el despejo con que habéis sustentado vuestros exámenes, vuestra disciplina y vuestro comportamiento. Llevad á vuestras casas los pequeños premios que os he distribuido como prenda de mi amor y mi satisfacción. Regresad al debido tiempo á vuestras tareas, y no olvidéis que os acompaña la bendición de vuestro Pastor.



## HOMILÍA

EN LA SOLEMNE ORDENACIÓN CELEBRADA EN LA NUEVA CATEDRAL  
DE CIUDAD VICTORIA EL SÁBADO SANTO DE 1879.